

En busca de la identidad en la adopción

Mayte Muñoz Guillén

Psicóloga -Psicoanalista

No es fácil aproximarnos a una definición totalmente satisfactoria del concepto de identidad. En este ciclo de conferencias se ha venido exponiendo y desarrollando este concepto que nos atañe a todos, no sólo como terapeutas y analista y en lo que tiene que ver con nuestros pacientes, sino también porque como seres humanos que somos nos interrogamos a nosotros mismos sobre quién y qué somos, ¿cuál es nuestra identidad?

“Yo soy yo” esta escueta expresión es comúnmente utilizada para referirnos a nuestro sentimiento de identidad, como algo inequívoco en lo que respecta a *quien* y *cómo* somos y conlleva tener una experiencia de autoconocimiento. La identidad nos hace diferentes de los demás. Identidad y alteridad porque no podemos constituirnos sin los otros.

Es el conjunto de características que diferencian a un individuo de otro, la articulación dinámica y evolutiva de las identificaciones del individuo a lo largo de su vida. Una experiencia subjetiva del *self*, que se inicia en la niñez y cuyo núcleo de formación se genera a partir de la imagen corporal en un proceso que culmina en la adolescencia dentro de un contexto social determinado*

Erikson* señala que el sentimiento de identidad es lo que nos permite experimentarnos a nosotros mismos como algo que posee continuidad y uniformidad y, por lo tanto, actuar consecuentemente. También decía que el desarrollo de la identidad comenzaba en el primer encuentro de la madre con el bebé como dos personas que pueden tocarse y reconocerse mutuamente.

M. Mahler* sostiene que el sentimiento de identidad individual está determinado por nuestras sensaciones corporales, siendo la imagen corporal la base de dicha identidad. Recordemos aquí que Freud mismo dice en *El Yo y el Ello*: “**el Yo, es un yo corporal**” poniendo pues el acento en uno de los factores más importantes que forman los cimientos de la identidad.

O. Kernberg (1980) define la formación de la identidad como el proceso intrapsíquico de integración de las representaciones del self investidas libidinal y agresivamente en un self cohesivo, proceso que ocurre paralelamente a la integración de las representaciones del objeto investidas en forma libidinal y agresiva. Es este un planteamiento hecho desde la teoría de que la integración de los impulsos agresivos y libidinales es esencial para la adquisición de la identidad y que ésta es el resultado de este proceso de integración intrapsíquica.

Otra definición de identidad es la de J. Williams en su obra “*Principios de Psicología*” donde dice que la semejanza entre partes de una continuidad de sentimientos y sensaciones (especialmente sensaciones corporales) experimentada entre una serie de cosas muy diversas, constituye el verdadero y verificable sentimiento de identidad personal.

La formación de la identidad es un proceso que surge de la asimilación mutua y exitosa de todas las identificaciones fragmentarias de la niñez que, a su vez, suponen haber hecho un proceso exitoso de las introyecciones tempranas. El sentimiento de identidad es

* Enriqueta Moreno “La identidad femenina en la sociedad actual”

* El problema de la Identidad (1956)

* Problemas de Identidad (1958)

el conocimiento de la persona de ser una entidad separada y distinta de las otras. Tiene que haber al mismo tiempo, algo de sí mismo y del otro, hay una necesidad de alimentarse de sí mismo para existir como nosotros mismos, dice Ph. Jeammet*.

O también, la unidad del individuo en el tiempo, en la comparación consigo mismo, lo que se relaciona con su continuidad y mismidad, según otros autores.

Kluckholm y Murray* consideran que la identidad es la combinación específica de roles de cada individuo, y la individualidad la manera en que llenan esos roles. La suma de la identidad más la individualidad hacen de cada ser humano un ser único.

En mi opinión, es clarificadora la noción que sobre el sentimiento de identidad han aportado León y Rebeca Grinberg* cuando dicen que la identidad es el sentimiento resultante de un proceso de interacción continua de tres vínculos: el vínculo espacial, el vínculo temporal y el vínculo social.

- El vínculo espacial es aquel que da origen al sentimientos de individuación nos confirma que somos un sujeto diferente de otro.
- El vínculo temporal nos hace sentir que somos el mismo sujeto a través del tiempo y a pesar de los cambios, es decir, configura el sentimiento de mismidad.
- El vínculo social es el que permite tener el sentimiento de pertenencia a un grupo.

El conjunto de los tres vínculos implica el situarse cada uno como sujeto de sí mismo, sujeto de un vínculo con otro y sujeto de un conjunto, situación de la cual se depende para ser, tener y pertenecer.

L. Grinberg dice que la interacción específica y continuada entre todos estos elementos brindará al Yo un cierto estado de cohesión, el cual, como sustento de la identidad, se mantendrá dentro de ciertos límites que podrán experimentar alteraciones o pérdidas en ciertas circunstancias.

Estas alteraciones o pérdidas ocurrirán en el proceso de la evolución, pero en forma tal, que dará tiempo al Yo para que elabore sus pérdidas (duelos) y se restablezca de los transitorios y tolerados momentos de trastornos de la identidad que la mayor parte de las veces, pasan desapercibidos. A lo largo de la vida, las distintas experiencias afectan y alteran el sentimiento de identidad, modificándolo de alguna manera, así pues, la identidad se va configurando y consolidando con sus modificaciones mediante la elaboración de todos estos procesos, experiencias y duelos. En casos patológicos y por fracaso en la elaboración de estos duelos, pueden producirse graves perturbaciones de la identidad (psicosis) o formaciones patológicas de la misma.

El vínculo de integración espacial:

Es en este vínculo en el que se ubica el establecimiento de la identidad sexual que estará determinada por las experiencias corporales tempranas en la relación con los objetos originales. Jugarán un papel importante la observación y exploración del propio cuerpo, junto a la observación y curiosidad de la pareja parental o sus representantes. La noción del cuerpo resulta esencial para la consolidación de la identidad del sujeto. Los ojos, las manos y en general el rostro y los genitales son las áreas más significativas para el reconocimiento del cuerpo propio y ajeno. Todo el mundo se experimenta a sí mismo como ligado irremisiblemente a su cuerpo. El sentimiento de la propia identidad deriva de la experiencia del contacto corporal placentero con la madre. En ese primer encuentro germina lo que irá brotando y consolidándose como identidad. La madre debe servir de barrera frente a los estímulos externos e internos difíciles de tolerar, como condición para el establecimiento del sentimiento que nos ocupa. Las relaciones objetales son fundamentales en la formación de

* *La identidad y sus trastornos en la adolescencia. SEPYPNA 1994*

* *Personalidad, Sociedad y Cultura 1949*

* *Identidad y cambio 1977*

la identidad, por la necesidad de disponer de un referente contenedor que dé cohesión a las confusas y desorganizadas vivencias pulsionales que el bebé experimenta como angustia de desintegración.

La identidad sexual (que no es ni lo mismo, ni sinónimo de la de género) se construye a través de un proceso de integración y diferenciación de identificaciones tanto masculinas como femeninas en cada uno de los sexos. Al comienzo de la vida, tanto niños como niñas van haciendo procesos de identificación con la persona que es figura nutriente, generalmente la madre.

El sentimiento de identidad constituye una experiencia subjetiva del *self*, que se inicia en la niñez y cuyo núcleo de formación se genera a partir de la imagen corporal en un proceso que culmina en la adolescencia dentro de un contexto social determinado.

E. Bick* señala que la piel del bebé y sus objetos primarios constituyen factores de cohesión de las partes del Yo que se vivencian desunidas y la función interna de la piel (función de contención) depende de que se haya podido introyectar un objeto externo. Todas las confusiones relativas a la identidad no pueden solventarse hasta que las funciones de contención, no se hayan introyectado y aparezca el concepto de un espacio dentro del self. En el estado infantil no integrado, la necesidad de encontrar un objeto contenedor lleva a la frenética búsqueda de un objeto susceptible de ser vivenciado como algo que une las diversas partes de la personalidad. El objeto que sirve como continente se vivencia concretamente como una piel.

El vínculo de integración espacial está pues relacionado con la fantasía inconsciente de una “*piel continente*” que contrarresta la ansiedad de desintegración y “desparramamiento” de los primeros periodos de la vida y es un sentimiento que depende de la posibilidad de sentirse separado y distinto de otros. Anzieu desarrollará también su concepto de **Yo- piel**.

El vínculo de integración temporal

Comprende las relaciones entre las distintas representaciones de uno mismo en el tiempo, estableciendo una continuidad entre ellas, base del sentimiento de mismidad.

Las integraciones temporales se basan en recuerdos de las experiencias pasadas, a la vez que configuran nuevos recuerdos que quedan registrados en el inconsciente. Estos recuerdos incorporados y asimilados, posibilitan el proceso de aprendizaje y el reconocimiento de la propia identidad a través del tiempo.

La capacidad de recordarse en el pasado e imaginarse proyectivamente en el futuro, hace que el sujeto sepa que es el mismo que fue ayer y que será mañana.

Las sucesivas experiencias y crisis de la vida no son ajenas a la construcción y asentamiento del sentimiento de identidad, éste no es inalterable y se ve sacudido, a veces fuertemente sacudido como en el momento adolescente, por ejemplo. Cuando señalo “crisis” no es referido a la connotación de experiencia catastrófica, sino a lo que es un momento crucial, un punto crítico pero necesario evolutivamente hablando. Toda crisis implica una pérdida y obliga a la elaboración de un duelo: en una elaboración normal, se relaciona con las pérdidas de una etapa evolutiva para estructurar la siguiente.

La confianza en las capacidades propias es uno de los sustentos más importantes de la identidad, ya que en la medida en que permite re-crear aspectos propios y objetos internos perdidos, asegura la permanencia y estabilidad a través del tiempo.

Esta confianza basada en las experiencias pasadas adquiere una función prospectiva que garantiza el mantenimiento de la integridad en el futuro, porque la experiencia de identidad es fluctuante, dependiendo del tipo de experiencia psíquica que predomine en cada momento. El sentimiento de identidad es experimentado por el sujeto como resultado del proceso de individuación-separación, base del sentimiento de unicidad (ser uno y único).

* *La experiencia de la piel en las relaciones de objetos tempranas. 1970*

La capacidad de seguir siendo el mismo a través de la sucesión de cambios, forma la base de la experiencia emocional de la identidad. Es la experiencia de continuidad a través de las transformaciones del tiempo y las circunstancias.

El vínculo de integración social

Es el que permite organizar el sentimiento de pertenencia a un grupo social. El sentimiento de formar parte de una entidad grupal que tiene características propias y diferentes de otras. Una entidad grupal con la que hay continuos procesos de *proyección* e *introyección*.

El niño desde los primeros instantes de la vida, está en contacto con el ambiente social, representado por la madre. La identidad social se organizará según la calidad e intensidad de la influencia ambiental, simbolizada por los familiares y, más específicamente, en primer término la madre y luego el padre y los hermanos si los hubiere. Un niño que va a ser entregado en adopción, normalmente no ha podido integrar de forma adecuada nada de esto, al carecer de ese núcleo familiar que organiza el vínculo de integración social.

La construcción de la identidad en las personas adoptadas

El niño adoptado, que construye su identidad teniendo que circular por estos tres tipos de vínculos, sufre dificultades específicas en los tres pero, más llamativamente, en el social, el de "pertenencia" a un grupo, ¿A qué padres pertenece? ¿A qué familia? ¿A qué institución? ¿A quiénes tiene como referencia?... El niño adoptado tiene un "agujero en su identidad",* lo que hace a ésta, frágil e insegura. Cuando no se dispone de integridad psíquica o de suficientes experiencias de bienestar narcisista, la identidad puede quebrarse o flaquear.

En las fases tempranas de la vida, el niño necesita de un objeto humano para actualizar funciones mentales y psíquicas, sin las cuales no se puede lograr el proceso de humanización, un objeto humano que transmita junto con la imprescindible envoltura afectiva, mediante la cual adquirir seguridad y confianza, la necesaria transmisión de una norma que organice la confusión y el desorden interno de pulsiones que puedan llegar a atentar severamente el proceso de construcción de la propia identidad. Ese objeto humano, básicamente es la madre. La madre y, en realidad, primeramente el pecho, es el primer objeto de los procesos proyectivos e introyectivos del bebé. La identidad del recién nacido se esboza ante todo en la realidad interna de la madre, de hecho ya durante el embarazo.

La interacción entre la madre y el bebé estará en buena parte determinada por esta representación que es la identidad del bebé en la mente de la madre.

Los intercambios emocionales y afectivos que el bebé mantiene con la madre (o figura equivalente primaria) van creando, organizando y sosteniendo las bases de la identidad. Ésta se construye en interacción con el objeto. M. Klein fundamentaba esto en los mecanismos de Identificación Proyectiva (del bebé a la madre) y de Introyección (de la madre al bebé). Es la importancia de lo vincular. Otros muchos autores conocidos de todos nosotros han ido teorizando sobre la importancia de este primer encuentro para la construcción del bebé como persona (humanización).

Winnicott ► introduce el espacio del vínculo Intersubjetivo

Bion ► capacidad de "*reverie*" de la madre, función *alfa* sin la cual el bebé no puede procesar psíquicamente por sí mismo sus primeras e impensables vivencias emocionales. Es la madre continente la que permite transformar experiencias displacenteras no metabolizables en elementos capaces de ser pensados (elementos *alfa*)

Esther Bick ► sobre lo que llamó "segunda piel"

* Rebeca Grinberg-Mercedes Valcarce

P.Aulagnier* ► la constitución del psiquismo del niño, va irreductiblemente ligado al discurso materno y a la función que la madre hace como *portavoz* para su bebé (1993). La madre ejerce una *función de prótesis* para éste, que ya antes de nacer está pre-investido por la libido materna.

A. Green ► ningún psiquismo puede instaurarse y probarse como tal sin *darse a pensar* con otro psiquismo, etc...

Pero quiero también traer a esta exposición los recientes avances en el terreno de las Neurociencias¹; avances en últimos conocimientos que están aportando base empírica desde la Neurofisiología a los planteamientos teórico/clínicos que venimos haciendo desde el Psicoanálisis. Estos avances, en función del descubrimiento de la ***plasticidad neuronal***, propiedad que se ha constatado tienen las neuronas, impulsan a salir de una visión estática del sistema nervioso como venía siendo hasta ahora y confirman que la experiencia emocional deja una huella no sólo en el campo psíquico, sino –y éste es el principio de la *plasticidad*- en la red neuronal, es decir, la neurona puede modificar sus contactos con otras neuronas (sinapsis) llegando a modificar su estructura e incluso la organización cerebral. Estas huellas inscritas en la red sináptica, determinarán también la relación del sujeto con el mundo externo.

Como sabemos, la idea de que la experiencia deja una huella (mnémica) es un principio de la teoría psicoanalítica, que ahora se confirma. La palabra del terapeuta produce huella (emocional) y cambios a nivel cerebral.

Digamos también de pasada que las Neurociencias llaman “*memoria emocional*”, otro descubrimiento neurofisiológico, a lo que Freud llamó cien años antes (1896) “*signo de la percepción*” (carta 52).

Traigo todo esto, como respaldo teórico de que en el día a día de las primeras relaciones se van haciendo constantes reajustes en función de la experiencia emocional, experiencia emocional que deja huella neuronal, entonces, ¿qué pasa con la identidad de los adoptados que sufren cambios, dramáticos y a veces desgarradores en su vinculación afectiva? Acordamos dejar asentado que la identidad se empieza a forjar desde el nacimiento (tal vez incluso antes) y todas las experiencias serán piezas de un todo, que es el sentimiento de identidad. Ya en la gestación se ha creado un vínculo que ha conectado a ese bebé con esa madre.

El nacimiento es la gran fractura inicial que podrá repararse cuando hay un satisfactorio re-encuentro piel a piel con el cuerpo de la madre o quedará inscrita en esa primerísima fase precoz de la construcción del psiquismo del bebé como la gran carencia o el gran vacío. El hecho de que quien se ocupe del bebé no sea la misma persona que con la que se ha establecido un vínculo que permite reconocer la voz, el olor, la frecuencia cardíaca ... nada más nacer, es un traumatismo que afecta al vínculo y por lo tanto a la identidad.

A partir del nacimiento el bebé inicia el proceso de separación-individuación (M. Mahler) para lo cual necesita sentir continuidad y estabilidad en la relación con la madre. El reconocimiento del propio cuerpo en el vínculo interactivo con la madre es uno de los precursores de la identidad. Aunque la madre esté ausente, el bebé puede “alucinar” la *experiencia de satisfacción* y no desorganizarse por no disponer de continente para sus contenidos pulsionales desorganizados y fragmentados. La mayoría de las veces, esto no ocurre para los niños dados en adopción. Lo habitual es que hayan sufrido contínuos cortes y separaciones traumáticas, desatención en su cuidado, tal vez abusos y agresiones graves. Las personas que se han ocupado de él (a veces incluso la propia madre biológica) no han sabido constituir ni organizar ese vínculo de continuidad necesario para saberse y sentirse objeto de amor del Otro. En una institución, el niño ha tenido múltiples figuras cuidadoras, ha sido de todos y de nadie ¿qué identidad se construye cuando el referente externo es cambiante y no estable? Es difícil crearse una identidad fundada en una buena y sobre todo,

* *La violencia en la interpretación (del pictograma al enunciado)* 1975

¹ “*A cada cual su cerebro*” F. Ansermet y Pierre Magistretti

integrada imagen de sí mismo, cuando se tiene una herida primaria que puede estar abierta y supurando. ¿Falta básica, que describía Balint?

El niño que se ve forzado por esta experiencia violenta, organiza un sentimiento de identidad deteriorado en razón del sentimiento de rechazo que experimenta por los sentimientos dolorosos que produce pensar que no se ha tenido el suficiente valor afectivo como para haber sido conservado por la madre. La vida del niño adoptado comienza con una separación y una pérdida, es decir, comienza con un duelo. *“La adopción le ha salvado la vida, pero no ha podido salvarle de la tragedia derivada de las condiciones de su nacimiento”* (León Grinberg). Restaurar el concepto de un *sí mismo* dañado es una difícil y lenta tarea que va a requerir por parte de los padres adoptivos, grandes dosis de tolerancia a la frustración y de poder soportar las identificaciones proyectivas que el niño depositará sobre ellos.

El trabajo de los “nuevos padres” no sólo tiene que ir en la línea de ayudar a configurar la nueva identidad del hijo, incluyéndole en la nueva familia y entorno, ayudándole a sentir que pertenece al nuevo grupo social, sino que habrán de reparar –en la medida de lo posible– la herida primaria que la experiencia de abandono ha producido.

Esta herida originaria, estaría en la base de que es frecuente que los niños adoptados sean desconfiados respecto a la continuidad de los vínculos. De alguna manera, siempre está presente el temor a ser abandonados de nuevo y ponen a prueba a los padres adoptivos cuestionando su identidad como hijo/a de ellos, lo que no deja de ser una manifestación del grado de confusión que puede generar desarrollar una identidad suficientemente separada y autónoma a la vez que se es profundamente dependiente de los vínculos que están intentando consolidarse como definitivos. La repetición de vínculos fragmentados (instituciones... familias de acogida...) deriva en identidades también fragmentadas, en donde no se ha dado la dialéctica “yo soy yo” y “tú eres tú” de manera firme y cohesionada.

El factor primordial que contribuye en mayor medida a la reparación de la identidad del niño adoptado es la calidad de los vínculos que establezca con sus padres adoptivos y cómo éstos pueden ayudar al hijo a ir incorporando el conocimiento de su condición de adoptado en el desarrollo de su identidad. En las personas adoptadas, la comprensión gradual de lo que significa haberlo sido, irá acompañada de reconsideraciones de aspectos de su identidad y precisará de un proceso de integración de lo que vaya comprendiendo, que le permita elaborarlo suficientemente.

Es decir, tendrá que pasar de “saber” lo que le sucedió en su primera infancia a “asimilar” y “aceptar” estas circunstancias de su vida. El sentimiento de “doble pareja de padres”, ser hijo biológico de unos, y adoptado de otros, influirá en la constitución del vínculo de integración social, constitutivo de identidad.*

Bowlby* dice que *“si cuenta con una figura materna específica con la que pueda relacionarse y le cuide amorosamente, el niño se vinculará a ella y la tratará casi como si fuera su madre”*

Las repetidas decepciones ante la ausencia de sentimientos amorosos, de cuidado solícito y de continuidad, producen un concepto de sí mismo negativo, sin valor, indefenso y triste, que puede derivar en un estado depresivo o transformarse en lo contrario mediante conductas de “sobreadaptación” (mecanismo de supervivencia) mediante las que puede mostrarse extraordinariamente adaptado e incluso sumiso y aparentemente (engañosamente) autónomo. Es fácil colegir que el niño pueda tener dificultades para desarrollar una identidad bien diferenciada, llegando a organizar lo que conocemos como un “falso self”.

* “Adopción e identidades” Rius, M. Beá, N. Ontiveros, C. Ruiz, M.J. Torras, E. (2011)

* “Apego” (1980)

Adopción transracia*

Características especiales tiene en la organización de la identidad, el hecho de ser adoptado perteneciendo a una raza diferente de la de los padres, es lo que se llama “adopciones visibles” puesto que la evidencia de la diferencia étnica identifica de entrada al grupo familiar como familia adoptiva. En general, saberse parecido a los padres a quienes se quiere, genera sensación de arraigo y pertenencia a un linaje. Es lo que ocurre cuando se encuentra parecido físico entre hijos y padres u otros miembros del grupo familiar (tíos, abuelo...) esto nunca ocurrirá con un hijo adoptado, pero es aún más patente cuando la procedencia es de otro grupo racial. La persona adoptada de una raza diferente a la de sus padres, ha de elaborar el duelo por no poder vivir con los que le engendraron, por no haber nacido de sus padre (adoptivos) a los que quiere y ama, por no parecerse a ellos ni a las personas del lugar donde vive y también por no compartir cultura e historia con los que sí son como él. Es una situación a la que habrán de sobreponerse generando una identidad que sea el entrelazado de las dos culturas, con una doble pertenencia.

Es importante tener presente que así como los padres optaron por una adopción de un hijo de raza diferente, el niño no ha elegido ser hijo de padres diferentes. Puede comprenderse desde aquí la paradoja de no poder tolerar cambios que implican progresos – y pensamos que es progresar pasar de vivir en un orfanato de un país del tercer mundo, a vivir en una sociedad más desarrollada y avanzada- porque esos progresos significan un riesgo de alteración, en algún grado, de ese yo conocido, es decir de esa identidad, por otro (yo) presumiblemente mejor, pero distinto.

Mayte Muñoz Guillén

mtmunoz@cop.es

www.familiayadopcion.es

* “Adopción e Identidades” Beà, N. Ontiveros, C. Rius, M. Ruiz, J.M. Torras, E. (2011)